

Tożsamość

Meditación y reflexiones sobre la identidad polaca

Witold Roman Starża-Kopytyński

ACAP - Dom Polski, Buenos Aires, 12 de mayo de 2023

En la breve exposición de hoy intentaré abordar el tema de la identidad desde algunas reflexiones que particularmente se enfocan en lo que sería de un orden de definiciones, para pasar luego a aspectos más del orden vivencial e histórico-cultural.

A este respecto entonces inicio con citas que quieren enmarcar el resto de lo que hoy diré:

“Jestem Polakiem – to słowo w głębszym rozumieniu wiele znaczy.”

“Soy polaco - esta palabra en su comprensión más profunda significa mucho”

“Jestem Polakiem – więc mam obowiązki polskie.”

“Soy polaco – por tanto, tengo obligaciones polacas”

Roman Dmowski

"Naród, który nie szanuje swej przeszłości, nie zasługuje na szacunek teraźniejszości i nie ma prawa do przyszłości"

"Una nación que no respeta su pasado, no merece respeto en el presente y no tiene derecho a un futuro"

Józef Piłsudski

“Naród bez przeszłości, bez tradycji, bez kultury, nie jest szanowany przez nikogo”

“Una nación sin pasado, sin tradición, sin cultura, no es respetada por nadie”

Cardenal Stefan Wyszyński

El tema de la identidad es muy amplio y puede ser abordado desde variadas perspectivas, sea desde lo estrictamente filosófico, hasta lo folklórico, pasando por aspectos socio-psicológicos, jurídicos, religiosos, históricos, geográficos, y lingüísticos principalmente.

No es mi propósito hoy abarcar todos estos enfoques, sino solamente destacar algunas características que considero más relevantes para la comprensión de nuestra identidad.

Identidad que ha sido forjada a través de los siglos, y que ha dado como resultado la Nación que actualmente somos, y que en el principio tuvo factores de diferenciación a partir de los cuales se fue elaborando, consolidando y asentando hasta llegar al presente, tanto como comunidad nacional como individualmente cada uno de nosotros.

Esta identidad contiene en sí las virtudes y fortalezas que nos son propias, así como los defectos y debilidades.

Para entender la identidad tenemos que partir del **ipse**, del **ser sí mismos**. ¿Y cómo somos **sí mismos**? Cuando nos preferimos a nosotros mismos, cuando no imitamos.

En realidad, la pregunta por la identidad tiene que ser más bien la pregunta por las identidades, pues en cierto modo reconociendo que hay otras afirmamos la propia.

Así, si del mundo no hay una sola versión y visión sino varias, según las **ecúmenes culturales** que lo constituyen, es lógico que estemos obligados a preguntarnos por las identidades y no solamente por la identidad.

El término ecúmene, que tiene su raíz en οἰκία = casa, quiere decir en griego porción grande de tierra habitada.

Para los romanos el Imperio era su ecúmene, así como para los griegos lo era la Hélade, y para los cristianos hasta finales del medioevo, la Cristiandad. Para nosotros polacos fue el amplio territorio de la Rzeczpospolita Polska de los siglos XV y XVI.

Estas ecúmenes, cada una en su tiempo, coincidieron con los límites de lo que era considerado mundo.

Para nosotros nuestra ecúmene es el mundo eslavo, la porción de tierra en la que se habla la misma lengua; de allí **słowianie** los que hablan la misma palabra – **słowo**; es la porción del mundo conocido y habitado por nosotros, y que fue desarrollándose desde la cuna

que hoy es Polonia territorialmente hacia la máxima extensión de la Rzeczpospolita en el siglo XVI, y que tuvo su expresión geopolítica en el “Intermarum” de Kazimierz IV Jagiellończyk, posteriormente reeditada en el Międzymorze de Piłsudski a principios del siglo XX.

Para nosotros por tanto nuestro mundo es el mundo eslavo, de allí la ecúmene eslava, el mundo habitado por los eslavos.

Esta ecúmene eslava se enraíza en la leyenda de los tres hermanos Lech, Czech y Rus.

Como toda leyenda tiene una fuente que hace tiempo se ha perdido, pero que ha perdurado debido a que en su origen era tan tangible para los protoeslavos como pueden ser hoy para nosotros las realidades de nuestra cotidianeidad; las de nuestra historia contemporánea y la de los años precedentes de las particiones territoriales. Para nosotros ha perdurado en las lenguas orientales que se refieren a Polonia como Lechistan, es decir el estado de Lech.

La identidad nace de la preferencia de nosotros mismos.

La preferencia de nosotros mismos nace del acto primordial por el cual privilegiamos “el nosotros” a los otros.

No debemos buscar la identidad en la repetición mecánica de lo idéntico, lo que es como la repetición ritual de modos, maneras y costumbres.

Eso no es malo, pero se está limitando al orden de la repetición, y la repetición tiene mucho de remedo, de mala copia.

Este es el paso previo: erradicar el remedo, el ser un espejo opaco, la mala imitación.

La repetición los latinos la llamaban *idem*, lo igual, mientras que la identidad debemos buscarla en el *ipse*, en la búsqueda del **sí mismo**.

¿Dónde encontramos la encarnación de los valores, tradiciones, y cultura propios?. En lo que denominamos **los arquetipos de la identidad**; en aquellos que han sabido enaltecer y valorizar los aspectos únicos y diferenciadores de lo que constituye nuestra identidad, nuestro propio ser nacional que es distinto del de las demás naciones, y que por compartirlo nos hace reconocernos unos a otros del mismo modo en este *ipse*.

Los arquetipos de nuestra identidad son nuestros poetas, santos, guerreros, artistas, gobernantes, juristas, patriotas, y todos aquellos que han tomado los rasgos sobresalientes y diferenciadores de nuestra cultura para plasmarla en sus acciones cotidianas, en lo que les era propio como deber y tarea. Tales acciones y legado se han incorporado a la tradición nacional.

De ese modo han creado instituciones, han organizado un orden social y político, han evangelizado a los vecinos del espacio geográfico de la misma ecúmene, nos han reunido en torno a un mismo Dios Creador, Salvador y Vivificador, han establecido los confines territoriales, los han defendido.... „*han hecho crecer rosas en los bastiones*” al decir de Walerian Meystowicz en su obra „Polonia en la Cristiandad”.

La identidad nacional y la de sus integrantes no son algo pétreo y fosilizado, consolidado de una vez y para siempre, sino que se logra, se accede a ella a través de la reencarnación de valores de generación en generación, y que forman parte de cada una de sus tradiciones.

Bajo esta luz entonces **¿Qué es la tradición?** No es juntar cosas viejas sino la transmisión de valores, de cosas valiosas de una generación a otra. Lo sustancial es lo que se transmite como valores, lo accidental es la forma o manera como esos valores se expresan.

La tradición se funda en valores y vivencias. Estas últimas son las experiencias histórico-políticas de nuestra nación y las de sus integrantes a lo largo de su existencia; en tanto que los valores son los actos transformados en valiosos, porque en ellos se encarnó un valor.

Así, nosotros polacos, poseemos vivencias que nos son comunes y que se han acumulado a lo largo de los siglos perdurando por ese proceso que es la transmisión, y que ya hemos definido como **la tradición**.

Es una sola realidad vivencial en todos nosotros los últimos ochenta años de nuestra historia, que se articulan con los treinta anteriores, los que a su vez se enlazan con los 130 años precedentes.

En todas y cada una de nuestras familias tenemos presente en mayor o menor grado, en mayor o menor protagonismo, la vivencia de estos tres períodos en los que la afirmación de la identidad nacional, y por lo tanto la afirmación de la identidad personal está presente como una experiencia a la vez sacrificada, dolorosa,

heroica, plena de convicciones, y entre ellas la más importante: la convicción de que a pesar de todo seguimos siendo nosotros mismos, **y más aún, fieles a nosotros mismos.**

Nuestro *ipse* no se ha perdido, no se ha diluido, no se ha rendido, no ha muerto.

No debe por tanto sorprendernos que en los últimos 35 años se observe paulatinamente un renacer y un resurgimiento de las convicciones más profundas de nuestro ser.

Que las nuevas generaciones polacas, nacidas ya después del régimen, se encuentren cada vez más en la búsqueda de la identidad de sus antepasados para hacerla propia de un modo vivo y actual, que es precisamente incorporarse a la tradición.

Preferirse a uno mismo, es decir: *“voy a preferir los valores que hacen a mi tradición cultural que se expresa bien en una lengua, que es la lengua que yo hablo, la que comprendo y con la que me puedo comunicar con mis iguales”.*

La preferencia de nosotros mismos nace del acto primordial por el cual **privilegiamos el nosotros a los otros.**

Esto no quiere decir que reneguemos del otro; sino que el acto primordial del acceso a la identidad es un acto de preferencia, que, como acto valorativo, prefiere unos valores y pospone otros.

Pero la identidad no se agota en la preferencia de nosotros mismos, ese es el primer paso de acceso a ella.

Si bien nos pensamos y nos preferimos formando parte de la ecúmene cultural eslava, y más precisamente polaca, esto es un acto subjetivo que tiene el valor de la convicción personal, pero no más, ni tampoco menos.

Es un acto subjetivo de afirmación personal de enorme valor, que requiere ser preservado y cultivado todos los días de nuestra existencia.

Es necesario entonces introducir aquí la categoría de reconocimiento, que solo se logra si “el otro” me reconoce como tal.

Cabe en este punto introducir algunas citas, de otros que nos han reconocido:

Ortega y Gasset en una nota acerca de las Meditaciones del Quijote, citando a Kant menciona lo siguiente: *“Dice Kant en su Antropología que los turcos cuando viajan suelen caracterizar los países según su vicio genuino, y que, usado de esta manera, el compondría la tabla siguiente: Francia tierra de las modas,*

Inglaterra tierra del mal humor, España tierra de los antepasados, Italia tierra de la ostentación, Alemania tierra de los títulos, Polonia tierra de los señores.”¹

Louis Edwin van Norman² escribe en 1907, en su obra “Polonia el caballero entre las naciones”: *“Religión y patriotismo, están tan íntimamente identificados con los polacos que es difícil separarlos, y esta conexión ha tenido su origen en razones históricas y geográficas.*

El eslavo, es poeta y músico por naturaleza, y ve poesía y música en piedras, árboles y rocas donde las etnias más "prácticas" sólo pueden discernir hechos y fuerzas materiales. Los polacos son la rama mejor organizada y más desarrollada de la etnia eslava, y la historia los ha anotado como celosos guerreros y religiosos. El polaco nunca hizo nada a medias, y no sólo puso toda su alma al servicio de su religión, sino toda su mente y cuerpo en la observancia de sus formas.

El intenso fervor religioso del polaco puede deberse en parte a su posición geográfica. La naturaleza lo colocó de tal manera que fue el amortiguador entre Oriente y Occidente. Durante siglos fue el baluarte de la civilización occidental y de la Iglesia cristiana contra los bárbaros moscovitas del norte helado y los jenízaros con turbante de las llanuras ardientes de los dominios del sultán turco. El campeón, el caballero andante de la cristiandad, el polaco, se convirtió en el caballero más devoto y celoso que jamás haya desenvainado la espada en defensa de su ama. Por ella, la Iglesia, luchó, sangró y murió. A partir de esa lidia constante e incesante del cristianismo contra las naciones no cristianas circundantes, asimiló gradualmente su religión a su patriotismo. Para ser un buen polaco, debe ser un buen cristiano. Más tarde, lo hizo girar más finamente. Para ser un buen polaco, debe ser un buen católico. Si es polaco, católico. Si es católico, per se, polaco. Así, la nacionalidad y la religión quedaron tan firmemente unidas que se volvieron inseparables; de hecho, apenas más que diferentes términos para el mismo hecho. La religión del polaco es su vida, y es una de las glorias del sacerdote polaco ser el verdadero amigo y servidor de su

¹ “Meditaciones del Quijote”, en “El Arquero”, Edición de 1970

² “Polonia el Caballero entre las naciones”, por Louis Edwin van Norman, Londres 1907, Fleming H. Revell Company, p. 192-193.

pueblo que se identifica con cada fase de la vida nacional. Estos hombres santos han sido la esperanza y la ayuda de la nación en la guerra y en la paz durante siglos.

La devoción y el fervor religiosos son el tema principal de "El Diluvio", el segundo volumen de la Trilogía de Sienkiewicz."

Una muy interesante descripción de la Hidalguía polaca ha sido escrita por Bernard O'Connor, el médico irlandés del Rey Jan III Sobieski. O'Connor, que vivió en Polonia a fines del s. XVII, publicó en inglés en 1698, dos volúmenes de "Historia de Polonia", y escribe:

"Todos los hidalgos en Polonia son iguales por nacimiento, y por tanto no valoran títulos honoríficos, sino que creen que un hidalgo polaco, o un gentilhomme de Polonia es lo más grande que pueden tener. Dado que algunos son hechos Príncipes del Imperio y como tales detentan el título, no tienen precedencia alguna por tal hecho. Tampoco tienen Duques, Marqueses, Condes, Vizcondes o Barones. Algunos tienen títulos extranjeros que el resto generalmente desprecia puesto que no dan valor a cualquier denominación prestada o extranjera, y dicen que es el valor intrínseco y el servicio prestado a su Nación lo que merece preferencia..."

No es difícil entender entonces por qué el Príncipe Charles de Ligne, de Bélgica, quien en 1784 trató de recibir la condición de Hidalgo polaco, supuestamente comentó: *"Es más fácil convertirse en Duque en Alemania, que ser incorporado a los Hidalgos Polacos"*.

Finalmente cito, de la obra de Estanislao Pyzik³, las palabras de Zelmira de la Torre de Quadri en una nota de 1937, en la revista Yguazú de Misiones:

"Al llegar a Apóstoles, me encontré con un pueblo para mí extraño. Pero cuando me acerqué a ellos y los encontré buenos, amables, caballerosos y hospitalarios y sobre todo amantes de nuestro suelo, respetuosos de nuestras leyes, entonces ya no me sentí extraña. Cuando recorrí sus chacras, conocí sus luchas e indagué en sus almas hechas de bravura, entonces me encontré hermanada en el esfuerzo que tiende a unificarse en la lejanía del espacio, para

³ Estanislao Pyzik, "Los Polacos en la República Argentina", p 231-232, Buenos Aires 1966.

convertirse en realidad tangible, y que sabe hacer brotar flores aún sobre piedras. Ellos habían conquistado mi tierra con el poder más grande del mundo: la fuerza del trabajo, ellos eran los que habían regado esas selvas con el sudor de sus frentes, hasta hacerles florecer espigas de oro.”

El otro o los otros juegan aquí, en este segundo momento, un papel fundamental pues es él o ellos quienes producen lo que se llama **la verificación intersubjetiva**, por la cual sabemos que una cosa es lo que es, y no un simple producto de nuestros deseos o de nuestra imaginación.

Dado que la preferencia de sí mismo es el acto primordial en la búsqueda del *ipse*, lo que establece el principio de identidad a través de la preferencia de sí mismo es la diferencia, la distinción de uno con el otro, del sí mismo con el otro de sí, y no la superioridad de uno sobre otro (característica de otras ecúmenes vecinas).

Los hombres son iguales en dignidad, pero naturalmente desiguales por estar dotados de diferentes talentos y caracteres.

Como polacos somos naturalmente desiguales de otros; nuestra polonidad es naturalmente desigual a la identidad de otras ecúmenes.

Esto lo ha tratado la filosofía desde siempre apelando a la noción de analogía que fue definida como *parte idem, parte diversa*.

Si ponemos el acento en la igualdad caemos en el igualitarismo que es una de las tantas construcciones ideológicas de la modernidad y si ponemos el acento en la desigualdad caemos en el nominalismo, negando la certeza de los valores universales.

La desigualdad de los hombres se da, básicamente, en sus actos y acciones, en sus elecciones y postergaciones, en sus valores y disvalores.

Las desigualdades culturales son la raíz de la diferencia, y esta diferencia es la que nos hace ser “uno mismo”, la que nos da la identidad de ser y existir en el mundo, en el espacio de nuestra ecúmene.

Las diferencias, (del latín *differre*, ir por otro camino), buscan la caracterización en su ser de un algo - cualquiera que este sea.

Mientras que las distinciones están vinculadas con la separación, con la discriminación de una cosa respecto de otra. Entiéndase aquí discriminación claramente en su sentido de establecer y reconocer

distinciones, y no en el uso peyorativo que se le ha dado en el habla corriente de nuestros días.

Es que la identidad no es una idea compleja, sino que lo que es complejo es su acceso. Acceso a la comprensión personal de su significado y la forma en que se encarna en cada uno de nosotros.

Pues primero es la afirmación subjetiva de lo que somos, después el enraizamiento en una tradición nacional con la actualización de valores, para finalmente buscar el reconocimiento del otro.

Y es en este último punto donde surge la verdadera complejidad para el logro de una genuina identidad.

Llegados a este punto hay quienes caen en la actitud de hablar de “construcción dialógica de la identidad”, cuando en realidad no existe tal diálogo, pues el diálogo auténtico solo se da entre amigos, esto es: *con el otro de sí mismo*.

Porque “*solo con el amigo se da el trato en igualdad*”, al decir de Aristóteles.

Si buscamos la identidad en el diálogo entre ecúmenes diferentes lo que logramos es poner en marcha el mecanismo de dominación ya señalado por Hegel en la dialéctica del amo y el esclavo.

Cabe aquí una brevísima anotación, materia de otra tertulia ciertamente, y es la del “diálogo” de las ecúmenes en el seno de la Europa occidental.

A este respecto el diálogo en el seno de la ecúmene de la Rzeczpospolita tiene mucho más sentido y realismo político, y con perspectivas ciertas de plasmarse geopolíticamente en un futuro no lejano.

Este diálogo interno de la ecúmene eslava tiene en nuestros días una importancia capital.

Dejo aquí simplemente enunciada la formulación de la ecúmene “Eurasia” de Aleksander Dugin, ideólogo de Putin, que, por supuesto descarta de plano la existencia de nuestra ecúmene eslavo-polaca, para entablar directamente el diálogo con la ecúmene germana.

Volviendo a nuestro tema principal, la identidad de las naciones se construye a través de la historia, y de dos elementos fundamentales, los valores y las vivencias que se comparten.

Las vivencias son las de carácter histórico que son determinadas fundamentalmente por los proyectos que se llevaron o se intentaron

llevar a cabo, y por los ataques de los enemigos de éstos. En nuestro caso por la colisión con la expansión de ecúmenes vecinas y la tensión secular con las mismas.

Las ecúmenes se constituyen porque hay valores, lenguaje, creencias, vivencias, e instituciones compartidas, y en todo ello protagonistas destacados que son los que las piensan y llevan a cabo.

Por lo tanto, el pluralismo no debe darse en su seno ni en el de los Estados-nación, sino que el pluralismo solo puede darse entre las ecúmenes culturales.

Giovanni Sartori afirma *“Reunir muchas culturas sobre un mismo territorio es peligroso. Así, no deben entrar en un país aquellos que no se encuentren listos para integrarse.”*

La idea de ecúmene está ciertamente vinculada a la de humanismo, pero entendido este como *“una forma viviente que se desarrolla en el suelo de una nación y persiste a través de los cambios históricos”*.

En polaco la palabra “nación” tiene un significado muy particular, desconocido en otras lenguas. En los idiomas de Europa Occidental “nación” equivale a ciudadanía, al pasaporte que se tenga. También se entiende en el sentido étnico, refiriéndose a gente que usa el mismo idioma. Pero para los polacos el término “nación” (naród) tiene un contenido tanto intelectual como sentimental, que además tiene una ilación con los conceptos de ród (clan) y rodzina (familia). Abarca algo más que sólo idioma o ciudadanía. Durante varias generaciones no tuvimos estado, no teníamos ciudadanía polaca, pero permanecemos como nación polaca. Se nos impuso ciudadanía extranjera, pero no aceptamos la nacionalidad foránea.

Nos une una conciencia legal, una estructura social, una ética y una civilización común. Representamos una cultura aparte.⁴

Durante más de mil años Polonia ha sido parte de la civilización latina, pero con su identidad cultural eslavo-polaca. Esta latinidad se desarrolló desde la antigua Roma, pero bajo la influencia de la ética de la Iglesia Católica. Polonia, al rechazar el paganismo en el año 966, adoptó también la civilización latina. Muy pronto formó parte de Occidente, heredera de Roma, tanto antigua como cristiana.

En tiempos de la Rzeczpospolita al hablar de los rutenos decíamos “Ruthenus natione Polonus” (polaco de origen ruteno). En Lituania

⁴ Trabajo de Maciej Giertych, basado en las doctrinas de Feliks Koneczny, historiador y filósofo polaco que desarrolló su propia escuela de pensamiento sobre las diferencias entre las civilizaciones. Vivió de 1862 a 1949.

se había desarrollado una doble conciencia nacional. El lituano era “gente Lithuanus, natione Polonus”, los rutenos – “gente Ruthenus, natione Polonus”. Ambos se sintieron al mismo tiempo ciudadanos del Lituania y Rutenia, y súbditos del rey polaco.

Nos referimos a todos los que aceptan las mismas nociones legales, estructuras sociales y civilización.

Uno de los factores importantes que liga a una nación es la conciencia común histórica, o historicismo como lo llamó Feliks Koneczny⁵. Se refiere a la tradición de vida pública común (en contraposición a la memoria dinástica y familiar), al culto al pasado común y a la responsabilidad común por el pasado y el futuro. Según Koneczny la conciencia nacional surgió en Polonia durante el reinado de Władysław Łokietek (1320 – 1333), en el s XIV. La voluntad de unir en un sólo estado señoríos con historia y lenguaje común aparece entonces por primera vez, después de los 170 años de separación de los Piast originales, sucesores de Boleslao III.

Esta conciencia nacional no surge contra nadie, pero sí puede brotar para defenderse de alguien. Ha de surgir del sentimiento de tener en común algo que merece la pena defender.

Feliks Koneczny define la nación como una asociación civilizacional que es personalista, que tiene una patria común y un idioma materno.

Todo el mundo nace en una situación social concreta, étnica, religiosa y civilizacional. Cada uno hereda ciertos valores. Si heredamos una nación, una conciencia nacional, habrá tendencia a enriquecerla para aumentar su valor. Uno intentará dejar más de lo que ha recibido. Eso es así porque la conciencia nacional traspasa las generaciones. No hay nación sin historia, sin necesidad de conservar y enriquecer la heredad para futuras generaciones. A esta necesidad se le llama patriotismo.

El patriotismo es la tendencia a enriquecer una nación a través del trabajo y del esfuerzo intelectual, y es la disposición para sacrificarse en defensa del legado nacional.

Nuestro patriotismo polaco nunca ha sido una amenaza para nuestros vecinos. Reconocemos sus derechos, a pesar de que con frecuencia han violado los nuestros. Y los han estado violando o bien porque no tienen conciencia nacional, o bien porque ésta es inmadura.

Por tanto, no hay identidad sin pasado y no hay futuro sin identidad.

⁵ Feliks Karol Koneczny (1 de noviembre de 1862 - 10 de febrero de 1949) fue un historiador, crítico teatral, bibliotecario, periodista y filósofo social polaco. Fundó el sistema original de la ciencia comparada de la civilización.

La identidad se alimenta del recuerdo histórico, del culto a los antepasados, y de la piedad filial que es la veneración por nuestros mayores, de quienes hemos recibido nuestro ser y la semilla de nuestra identidad personal.

En la indagación acerca de nuestra identidad, en el plano personal, el responderse a las preguntas ¿por qué estoy aquí?, ¿para qué estoy? nos da una pista acerca de la identidad misma.

Llegando al final de estas reflexiones, solo me resta añadir dos anotaciones.

La primera es el **deber de piedad filial**, por el cual somos fieles a nuestro origen, a nuestra identidad de polacos, a nuestro ADN.

Ninguno ha elegido dónde nacer, cuándo nacer, en qué familia, en qué comunidad, en qué nación. Pero todos hemos nacido con el mismo deber: honrar padre y madre. Esto nos da una clave de la identidad.

Semper fidelis no solamente a nuestra dimensión religiosa, sino a nuestra identidad nacional y personal.

No debemos olvidar que cuando se elige un nombre, se elige un destino.

Hemos heredado el denominarnos polacos, hemos heredado un destino. Este destino está ligado indestructiblemente a Polonia, dentro o fuera de sus fronteras.

El resumen de la identidad bien ha sido expresado por el poeta Karol Baliński en 1856:

**Tylko pod krzyżem, tylko pod tym znakiem
Polska jest Polską, a Polak Polakiem**

Solo bajo la Cruz, solo bajo este signo
Polonia es polaca, y polaco el polaco

Versos que fueron utilizados por Solidarność durante el estado de guerra de 1981 a 1983, como la afirmación de la identidad propia que hacía frente a un destino que nos era extraño.

La segunda anotación es el **deber de lealtad** hacia quienes hemos elegido para ser nuestros amigos, y en el contexto de estas reflexiones son quienes nos han recibido aquí en Argentina, sea a nosotros mismos sea a nuestros padres o abuelos.

Por todo lo expuesto, Polonia permanece, nosotros conservamos las raíces y la identidad.

Nosotros somos los de aquel entonces y somos los de hoy.

La continuidad a través de las generaciones es la clave de la permanencia.

Y estamos, tanto ayer como hoy, en el difícil sitio geográfico que nos ha sido asignado, y que hemos sabido defender y conservar.

Por tanto, atravesamos los siglos, y seguimos estando tenazmente con la voluntad clara de transmitir todo lo que heredamos y seguimos llevando, a quienes nos sucederán.

Somos testigos.

Somos herederos.

Por tanto, tenemos deberes polacos.

Debemos ser continuadores, transmisores, innovadores fieles a lo que nos ha sido legado gratuitamente.

De este modo permanecemos idénticos a nosotros mismos.

Finalizo, por tanto, y a la luz de todo lo expresado, diciendo **“Warto być polakiem”**, Vale la pena ser polaco.